

## La sombra de la historia

José Javier Coz\*

HORKHEIMER, Max. *Historia, metafísica y escepticismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

A Ivonne Villalpando

El título de este libro abrevia los títulos de tres ensayos que a pesar de parecer ajenos uno al otro apuntan a algo tan difícil de resolver y simple de formular: ¿tiene el curso de la historia alguna dirección y bajo qué sociodinámica está regulada?, ¿es o puede ser el hombre sujeto de la historia? y finalmente ¿es posible un futuro mejor? Como cofundador de la Escuela de Frankfurt, Horkheimer pertenece a la tradición marxista, y en estos escritos de juventud retoma de Hegel la apuesta por la Razón como instrumento para transformar la realidad (por ejemplo resolver conflictos sociales). Analiza a diversos autores que han entrevisto o detentado una filosofía de la historia; dilucida su lógica interna, su coherencia con las circunstancias históricas, las influencias e interpretaciones de otros pensadores y su lugar en la historia del pensamiento. Desecha cualquier intento de antropología filosófica, es decir, cualquier teoría sobre la naturaleza humana. El único principio del que parte es de que hay, o hubo, una necesidad material en el hombre que lo lleva a dominar la naturaleza. Es a partir de esta dominación que se empieza a distribuir el trabajo y se suceden diferentes contratos sociales regulados por la política, o ejercicio del poder, que no ha sido otra cosa que el dominio del hombre por el hombre.

El primer ensayo presenta una revisión de los conceptos y las circunstancias históricas bajo las que Maquiavelo y Hobbes formularon sus teorías sobre el Estado y la sociedad. Llevan implícitas una antropología filosófica: psicologista y naturalista para Maquiavelo, y mecanicista y sistemática para Hobbes. Horkheimer los confronta y resalta ventajas de uno sobre el otro de acuerdo a su desenvolvimiento en calidad de espectadores, partícipes e incluso cómplices en su sociedad y en el Estado. Maquiavelo y Hobbes teorizaron su época; fueron sociólogos de su presente. Además, no sólo teorizaron en relación con el pasado sino que anticipan también algunas fases posteriores del Estado. En este sentido, son los primeros filósofos de la historia, y sus anticipaciones tuvieron incidencia en pensadores posteriores que a su vez influyeron en la conformación del Estado. Hobbes contribuyó al derecho natural al decir que la razón ya había sido inaugurada naturalmente en las primeras sociedades y luego pervertida por la religión. En cambio, para Horkheimer la racionalidad se alcanza, no se inaugura. Aquí entra el problema de la ideología, que equiparada con la religión se entendió primero como "el conjunto de convicciones que dominan en una determinada sociedad, en un periodo determinado, y que sirven para salvaguardar esa forma de sociedad" (p.74). Más tarde, la ideología, entendida como interrelación entre representaciones imperantes y la situación social, ya se mediaba como instrumento del poder. Horkheimer elige a Maquiavelo

y a Hobbes porque se insertan en la transición del feudalismo medieval teocéntrico a la burguesía renacentista antropocéntrica, transición que aceleró el proceso de secularización.

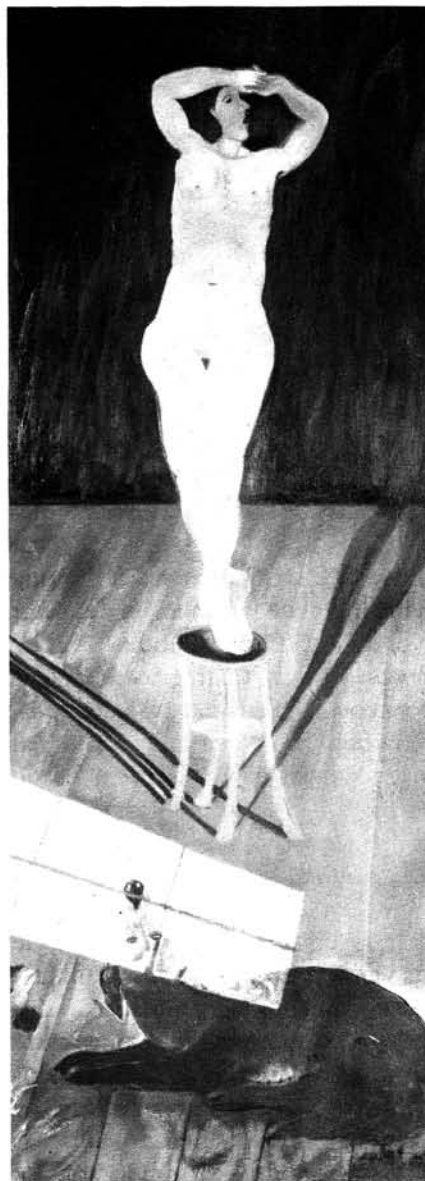
Después de Maquiavelo y Hobbes, el autor destaca aportaciones -tan sólo sugeridas- de Giambattista Vico, quien en su intento por explicar el origen de la civilización y la cultura es el primero que se opone a la matematización de la Historia. Vico se anticipó a Descartes, quien abogó porque las matemáticas fueran el único saber confiable. Vico, por otro lado, había refutado de antemano la visión simplista con que la Ilustración reducía a las mitologías y a las teologías a meros intentos de engaño. También fue el primero en advertir analogías entre los primeros pueblos históricos y los primitivos actuales, entre la mentalidad de los primitivos y la de los niños (o sea, la correspondencia entre ontogénesis y filogénesis humanas). Por ejemplo, escribió que los niños y los primitivos no pueden formar conceptos genéricos pero sí, a cambio, "universales fantásticos". También comparó la Edad Media con las épocas que dan testimonio las mitologías clásicas, pues el hecho de que los príncipes medievales aceptaran títulos eclesiásticos repetía la autodeificación de los héroes en los mitos griegos.

El ensayo cierra con una exposición de las utopías en el Renacimiento cuyo antecedente descansa en *La república* de Platón. La aportación más grande del ideal comunismo primitivo que las utopías proyectan es que a pesar de no tomar en cuenta las condiciones del presente histórico, dicha proyección se traduce -en un primer momento- en una crítica acertada y a fondo del mismo presente.

El segundo ensayo aborda la metafísica de Hegel, la teoría del conocimiento que propone y su concepto de historia. Hegel tuvo que partir de que el sujeto puede conocerse totalmente a sí mismo para poder "cono-

cer el Todo" (para Hegel, único principio que hace posible poder conocer fragmentariamente); desechó la posibilidad aislada del conocimiento parcial. Aunque el sistema de Hegel ya haya estado prefigurado en la Lógica, paradójicamente, su método dialéctico de exposición relativiza el saber seguro y, por lo tanto, total; esto y la identidad entre pensar y ser, además de la disección hecha por otros filósofos de los principios conformadores del sistema hegeliano, hicieron que las ciencias sociales fueran posibles. Asombroso es que "toda crítica de la filosofía absoluta está expuesta a la acusación de no ser sino aquello contra lo que se dirige", pues toda investigación implica un absoluto: "el esfuerzo por conocer". Es que, ¿existe alguna metodología empírica que no suponga una teoría metafísica? Invertiendo esta pregunta, la filosofía de Hegel corre el riesgo de reducirse a una simple solución dialéctica de los lindes entre lo empírico y lo abstracto, lo singular y lo plural. Pero el que la eterna y total metafísica siga siendo incompatible con la historia -siempre cambiante- posibilita que la ciencia pase de considerar la causalidad a considerar la probabilidad.

En el tercer ensayo, Horkheimer hace una nosiología multidisciplinario del escéptico. Describe al escéptico que proyectó Montaigne: espectador, partícipe sólo de lo ya dado (conservador), silencioso, no violento, solitario (íntimo); no busca, sólo acepta; rechaza el sacrificio y la anticipación del dolor (contra el cristiano y el estoico, respectivamente); se conforma con lo que tiene mas no con el pensamiento; vanidosamente humilde, en contra del sistema preconiza la filosofía ensayística y autobiográfica. El escéptico justifica su marginalidad en que no hay explicación lógica ni instrumento racional contra la tiranía y la crueldad. Lejos de conformar una moral deliberada, el escepticismo es una actitud que se fue dando en ciertos individuos de



cierta clase social y en cierto momento histórico. Para Horkheimer, tuvo su razón de ser; ha tenido mutaciones, y aquellos que bajo la influencia de Montaigne lo adopten hoy, derivarán en sujetos activos que mantienen al sistema, o sea, en algo más que fascistas. A mitad de este ensayo, Horkheimer retoma a Hegel para cercar el punto de encuentro entre idealismo y escepticismo: la no conciliación entre saber y acción. Luego equipara el escepticismo con la ética protestante para llegar a argumentar que el escéptico es, hoy, el que se ajusta al sistema americano actual,

sistema irracional, poder imperioso, *cuasi* religioso, encargado de que el hombre no olvide que sólo cuenta consigo mismo, que el presente ha de ser subordinado al futuro, que ha de considerar como norma de su acción el beneficio económico y que éste consiste en la competitividad.

Las preguntas al principio de esta nota conciernen al método en las ciencias sociales en el sentido de que si la historia tiene alguna regularidad, ¿ésta es natural o se subordina a la voluntad del hombre?, ¿hasta dónde es o puede ser el hombre producto de la historia o es causa? Con Maquiavelo y Hobbes los conceptos de Estado y sociedad aún no estaban diferenciados. Horkheimer bautiza a la serie de sus interrelaciones siempre mutantes como Historia. Entonces comulga con Nietzsche al refutar a Hegel en cuanto a que "la historia no es en sí la Razón, no *tiene* ninguna Razón, no es ningún tipo de *esencia* ni *espíritu* [...] sino una recapitulación conceptual de los sucesos que se derivan del proceso de la vida social" (p.98), más precisamente de las relaciones Estado-sociedad. Esto, por lo menos, le quedará claro al lector al final del primer ensayo. Asimismo, el lector desechará, aunque sea durante la lectura, la tesis de los ciclos más o menos dilatados de intervalos periódicos de la historia y que el hombre sólo puede adelantar o retardar; para no ser tan burdos, desechará la modernidad como fin de la historia. Los conceptos y los métodos para estudiar la historia, la sociedad y el Estado cambiarán según las circunstancias históricas y sociopolíticas, y no obstante, Horkheimer advierte que el riesgo de un relativismo en conceptos y métodos es el mismo que corre un universalismo; pero hay que correrlo.

El estatuto físico-matemático en las ciencias sociales es cada vez menos pensable pues la organización social y el ejercicio del poder podrán regirse siempre por "ciertas regularidades cualitativas", pero no se pue-

den predecir ni controlar como los fenómenos naturales. Incluso la misma física, en los niveles subatómico y astronómico, necesitó relativizarse en principios de incertidumbre y campos de probabilidad. Explicar lo social y lo político a partir de una naturaleza ahistórica del hombre fue paradójicamente tan histórico como válido para comprender la sociedad y la política en un determinado momento histórico: la transición del feudalismo a la burguesía.

La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, que aquí se trata de bosquejar, va orientada inevitablemente, aunque el propio Horkheimer no llegara, a una transformación activa de la sociedad cuya propuesta la formula Habermas. Al final del tercer ensayo, escrito en 1938, Horkheimer afirma: "[...] la Teoría Crítica [...] se deja guiar por un tenaz interés en un *futuro mejor*". Probablemente la Segunda Guerra Mundial lo replegó hasta un escepticismo fatalista. ¿Es que las atrocidades de la guerra transformarían el futuro mejor en artificio utópico o, lo que es peor, dogmático?

La historia la podemos desarrollar como instrumento racional. Contra el mismo idealismo de Hegel acevera Horkheimer: "la independización panteísta de la Historia, que hace de ella un ser sustancial unitario, no es otra cosa que metafísica dogmática". Pero la racionalidad puede ser instrumento de una barbarie más sofisticada y omnipotente: nuestra sociedad actual burocratizada y tecnologizada.

*Ciencia, historia y sujeto* es un excelente libro para la formación crítica y autocrítica. Y es que el ensayo literario filosófico tiene la ventaja y el peligro de poder encontrar apologetas y herejes que puedan hasta identificarse. Sólo dos cosas, a mi juicio, debería observar el autor: primera, al considerar la personalidad como producto social, deja a un lado la cuestión del temperamento, que es hereditario, y segunda, la locura y su relación con la transgresión social.♦